# EL OTRO FÚTBOL

Autor: Miguel Delibes[[1]](#footnote-1)

Las distintas generaciones que han pasado por el Co­legio Santiago de Vallado­lid han ido dejando huella indele­ble del carácter y personalidad de estos alumnos que con es­casez de medios intentaba superar todas las situaciones que la vida les deparaba, baste narrar a continuación la anécdota que refiere el autor y académico de la Lengua D. Miguel De­libes en su libro “El otro fútbol”.

Hace unas semanas publiqué un intranscendente artículo sobre fútbol y pue­do asegurar que en treinta años co­rridos que llevo en oficio de emborronar cuarti­llas nunca un trabajo mío ha desencadenado un tan abundante número de réplicas y correspondencia como en este caso, lo que quiere decir que, al margen de la libe­ración que pudo representar para algunos este deporte durante la represión de la dicta­dura, el fútbol, en cualquier circunstancia política, constitu­ye la pasión domi­nante para no pocos españoles.

"Yo jugué mucho al fútbol de chico y aun de adoles­cente. En el Colegio de Lourdes, de Valladolid, era una po­tencia entonces, en los años treinta y con frecuen­cia, media­mos nuestras fuerzas con otros colegios de segunda ense­ñanza: los jesui­tas, los maristas o los muchachos del Institu­to. No es preciso decir que unas veces ganábamos y otras perdíamos, pero en cualquier caso, siempre quedaba vivo un de­seo: remachar el triunfo obtenido o tomarnos el desquite de la derrota. Había, no obstante un colegio en Valladolid que siempre nos vencía: el colegio de Santiago para huérfanos de Arma de Caballería.

He dicho que nos vencía cuando será más exacto decir que nos barría, literal­mente nos aplastaba por tanteos contundentes que, todavía lo recuerdo, rara vez ba­jaban de nueve a cero o el catorce a dos. No creo que en aquel campo de tierra apel­mazada que los huérfanos tenían en la trasera del edificio escolar de la calle de Muro alcanzáramos nunca un resultado mas halagüeño que el de los seis o siete goles de diferencia. Y ¿qué tenían los huérfanos de Caballería que no tuviéramos el resto de los escolares de Valladolid ? ¡Ah, los huérfanos! Aquellos mozos practicaban un fútbol precursor, hecho de inteligencia y sobreentendidos, apoyado en una velocidad de diablos, una entereza de atletas y un finísimo toque de balón. Posiblemente todo ello dependiera de su preparador físico o del frecuente ejercicio de este deporte, lo cierto es que aquellos muchachos ejecutaban otro fútbol.

Para mayor escarnio, los huérfanos jugaban en alpar­gatas sin que sus empei­nes parecieran resentirse de los secos trallazos que enviaban desde treinta metros contra nuestra portería con aquellos balones recios, coriáceos, que, como dice Vi­cente Verdú en su estupendo y divertido libro El fútbol, mitos, ritos y símbolos, “trascendía el vaho de su vejiga (protegida por talco) y la biografía del cuero al que se le dispensaban cuidados vitalizadores dejándole secar al sol y embadurnándole con grasa”.

Para los huérfanos este pelotón pesadísimo no constituía el menor obstáculo. Sus rapidísimos pies ensayaban el tiro a gol desde cualquier punto y en cualquier circunstancia, sin preparación alguna, y, a menudo, como el lector podrá deducir de los tanteos consignados, lo conseguían . Su movilidad, sus disparos durísimos, con unos pies prácticamente desnudos, me asombraban, hasta el punto de que hoy, a cuarenta años de distancia, todavía los recuerdo con admiración."

Paralelamente a esta actividad yo fui espectador pasi­vo del fútbol desde 1929, mucho antes de convertirse este deporte en un espectáculo de masas. Durante seis largos lus­tros fui asiduo del Real Valladolid, asistí a su empecinado trajín en tercera División, a su paso fulgurante por la Se­gunda y a sus casi veinte años de Primera, campeón de in­vierno en una ocasión, empatándole al Madrid en Chamar­tín, o eli­minando al Atlético de la Copa, en otra, con aquél asombroso gol de bolea de Sañu­do que dejó estupefacto al desencantado público del Metropolitano. El desaforado pro­fesionalismo –el fútbol fue perdiendo paulatinamente su ca­rácter lúdico y los futbolistas ya no saltaban a la pradera a jugar, sino a ganar dinero-, la táctica del cerrojo, cada día más extremada, y el vocabulario de la grada, soez, irritante­mente parcial, me empujaron , años más tarde, a abandonar los estadios y a convertirme en un espectador esporádico de los partidos televisados. Deduzco de todo esto que yo no era un hincha. Tampoco un espectador desapasionado –mis preferencias estaban claras-, pero íntimamente rechazaba una victoria debida al caserismo de un árbitro o a la presión asfixiante de la grada.

Mi artículo anterior no ha sido bien interpretado. Hablo en general, pues hay cartas, como la de don Antonio Calderón, juzgador insigne, que manifies­tan una ab­soluta solidaridad con mi postura. No obstante, los comentarios re­probatorios en­tienden que yo opongo la velocidad a la belle­za, el fútbol-arte al fútbol-fuerza, cuando creo que, tras una atenta lectura de mi artículo, no puede deducirse esto. Ocu­rre que, en la actualidad, yo identifico la estética del fútbol precisamente con la velocidad y la fuerza y considero, por otra parte, que únicamente estas cualidades son eficaces para contrarrestar las murallas defensivas al uso.

En mi trabajo anterior había dos cosas claras: Prime­ra, el espectáculo se ha terminado si nos obstinamos en se­guir aferrados a las antiguas tretas para doblegar a una de­fensa, y segunda, la debilidad del fútbol español resulta hoy incontestable frente al de los países del norte de Europa. Me parece ocioso discutir estos dos pun­tos, pero podemos subrayar algunos extremos que los aclaran. La táctica del marcaje trajo como consecuencia el agarrotamiento de un deporte hasta entonces preferen­temente creador.

El futbolis­ta, antaño, saltaba al césped con la esperanza de desarbolar por jue­go al adversario. Hoy salta con la intención de inmo­vilizarlo. Desde este enfoque re­sulta palmario que el que in­tente el ataque, al abrirse, lleva las de perder. La defensa es­calonada, si se practica bien, es difícilmente vulnerable y el gol, si llega, suele pre­sentarse inopinadamente de un contra­golpe a favor del que se defiende.

Esto explica ese hecho, aparentemente paradójico, del que se lamentan mu­chas afi­ciones, de que sus equipos favoritos juegan mejor fuera que dentro de casa. Fuera, salen a sujetar, a impedir mancillar su meta, dentro, a eludir la sujeción y conseguir un gol El que sale a construir está perdido. De ahí que hoy impere la des­trucción. Dos no juegan si uno no quiere. Y, con la destruc­ción, adviene la difícil vulnerabilidad de las puertas y, con­secuentemente, si en verdad es el gol la salsa del fútbol, el tedio y el aburrimiento. El fútbol actual se sirve en seco, sin salsa ni aderezos, de ahí su insulsez.

En lo concerniente a la baja del fútbol latino, y espe­cialmente del español, frente al noreuropeo, creo que está a la vista. Que el mediterráneo es flojo e inesta­ble, no sabe tirar a puerta, no pasar al espacio vacío, me parece ob­vio por evidente.

Pretender desbordar las defensas actuales con las artes de antaño, mediante fintas, regates y pelotas bombeadas, se me antoja una quimera. Esto ya no es factible. Frente a esta táctica rutinaria e inoperante, los noreuropeos han puesto en servicio otra, basada en la velocidad y la fuer­za, en la energía y el sentido de la anticipación, esto es, la táctica que los huérfanos de Caballe­ría de Valladolid ya uti­lizaban, con los resultados sorprendentes, en mis años mo­zos.

El septentrional conserva la vertical mientras puede, tira a puerta desde lejos y sobre la marcha y, sobre todo, tie­ne la intuición del espacio vacío para dejar la pelo­ta muerta a la que un compañero de cara al gol, puede llegar antes que su rival. Éste es todo un secreto. Y no se aduzca en descargo del fútbol español, que los ases nór­dicos fracasan al inser­tarlos hoy en nuestros cuadros porque tropiezan con un ad­versario más duro.

Yo entiendo que el bajo rendimiento de estos divos importados obedece a otras razones: por ejemplo, la pérdida del ritmo de su antiguo equipo y la ausencia de respuesta a sus intuiciones. La velocidad del nuevo equipo no es la misma que la del de procedencia y el compañero no ve las pelotas que le deja en tierra de nadie o las considera pelotas perdidas.

El caso Cruyff en España me parece el más esclarecedor. Cruyff jugaba dema­siado para jugar bien, quiero decir para jugar bien aquí, para ser entendido en nuestro país. Se encontraba desasistido, empleaba unos métodos que no eran corres­pondidos y, lógicamente, se aburrió.

Di Stéfano y Kubala vinieron en otros tiempos y encajaron. En la actuali­dad, el extranjero trasplantado se queda solo y, en términos generales, el bueno se hace malo y el malo se hacer peor. Mediterráneos y septentrionales no pueden ser mez­clados impunemente. Son dos conceptos del fútbol que normalmente se recha­zan. Entre unos y otros no hay entendimiento, no hay correspondencia, no existe asociación.

Es algo así como si hubiéramos pretendido encajar un huérfano de Caba­lle­ría en las filas del equipo de mi colegio allá por los años treinta.

1. Agradecemos a D. Miguel la autorización a la AHE mediante nota personal del 28 de abril de 2006 [↑](#footnote-ref-1)